

# El perro prehispánico

RAÚL VALADEZ AZÚA

Entrar al tema del perro y su relación con las culturas prehispánicas es ubicarse en un universo contradictorio y confuso, donde información y desinformación van unidos de la mano. Un tema interesante, ya que el vínculo hombre-perro alcanzó un grado de interrelación pocas veces visto, aunque sólo unos cuantos se han interesado en conocerlo a fondo; en vez de estudios formales se ha dado lugar a una multitud de falsas ideas que han subsistido a lo largo de los siglos.

Como biólogo de formación que soy, la fauna doméstica no es mi fuerte, ni constituyó parte de mi preparación. Por tanto, cuando las investigaciones arqueozoológicas me exigieron conocer más sobre el perro en el México antiguo, me vi forzado a buscar información e informantes y ¡oh sorpresa!, lo que encontré rápidamente fue un enorme vacío, aunque eso sí, había suficientes hipótesis, malas ideas y dudas como para llenar un archivo completo.

Algo que a muchos les interesa y pocos conocen es cuándo y cómo llegó el perro al territorio conocido como Mesoamérica.

En algunas ocasiones me han preguntado si las culturas prehispánicas conocían al perro y si los actuales perros pelones mexicanos son en verdad mexicanos o si son de Oriente. Ignoro de dónde proviene la idea de que en el México prehispánico no había perros (como siempre, la habrá expresado algún europeo o norteamericano) pero afortunadamente hay datos de sobra para asegurar que el perro ha vivido en este territorio tanto como lo ha hecho en Oriente y más de lo que lleva en Europa, África o Sudamérica.

Las investigaciones más completas y recientes sobre el origen del perro las ha realizado el paleontólogo norteamericano Stanley Olsen y le han permitido proponer una serie de puntos básicos:

—El perro se derivó del lobo, no del chacal o de la cruz entre cánidos silvestres; concretamente a partir de lobos que habitaban el noreste de Asia (Fig. 1).

—La domesticación del lobo se concluyó hace unos quince mil años.

—Dicho proceso se llevó a cabo en el territorio que abarca el noreste de Siberia y Alaska.

—Hace unos doce mil años ya existían los perros.

—A partir de este momento el perro se dispersó, junto con el hombre, por todo el mundo (Fig. 1).

La primera evidencia de que existen perros en nuestro suelo desde épocas remotas consiste en figurillas zoomorfas encontradas en Tlapacoya, Estado de México; su antigüedad es de unos ocho mil años (5000-6000 a.C.; periodo Cenolítico superior) [Fig. 2]. Seguramente se han hallado huesos de perros en excavaciones en zonas arqueológicas que datan de esa época; sin embargo, no es sencillo distinguir entre restos de perros, lobos y coyotes; además, es común que a los materiales faunísticos se les deseche “por inservibles”, más aún si no forman parte de algún entierro. Afortunadamente, las figurillas nos permiten definir un momento en el que el perro ya existía en Mesoamérica.

Quien conozca un poco sobre la anatomía del perro o simplemente sepa cómo es su cráneo podrá constatar que como parte de las investigaciones en lugares del periodo Formativo inferior (6000-1100 a.C.), como Tlapacoya o Tlatilco, se encontraron restos de este animal, puesto que en las publicaciones que se hicieron aparecen fotos y dibujos de cráneos y mandíbulas de perros; el problema fue que los arqueólogos responsables no supieron qué era lo que tenían en las manos y lo dejaron como “huesos de carnívoros”. Obviamente, si no se sabe qué animales poblaron un sitio excavado menos se sabrá qué hacen sus restos ahí. No obstante, podemos concluir que el perro ya existía en la Cuenca de México cuando aparecieron las primeras comunidades agrícolas.

Un dato importante sobre estos antiguos huesos es que pertenecieron a perros con pelo. Quien haya tenido alguna vez un perro pelón mexicano sabe que estos animales carecen de dientes caninos y premolares cuando alcanzan la edad

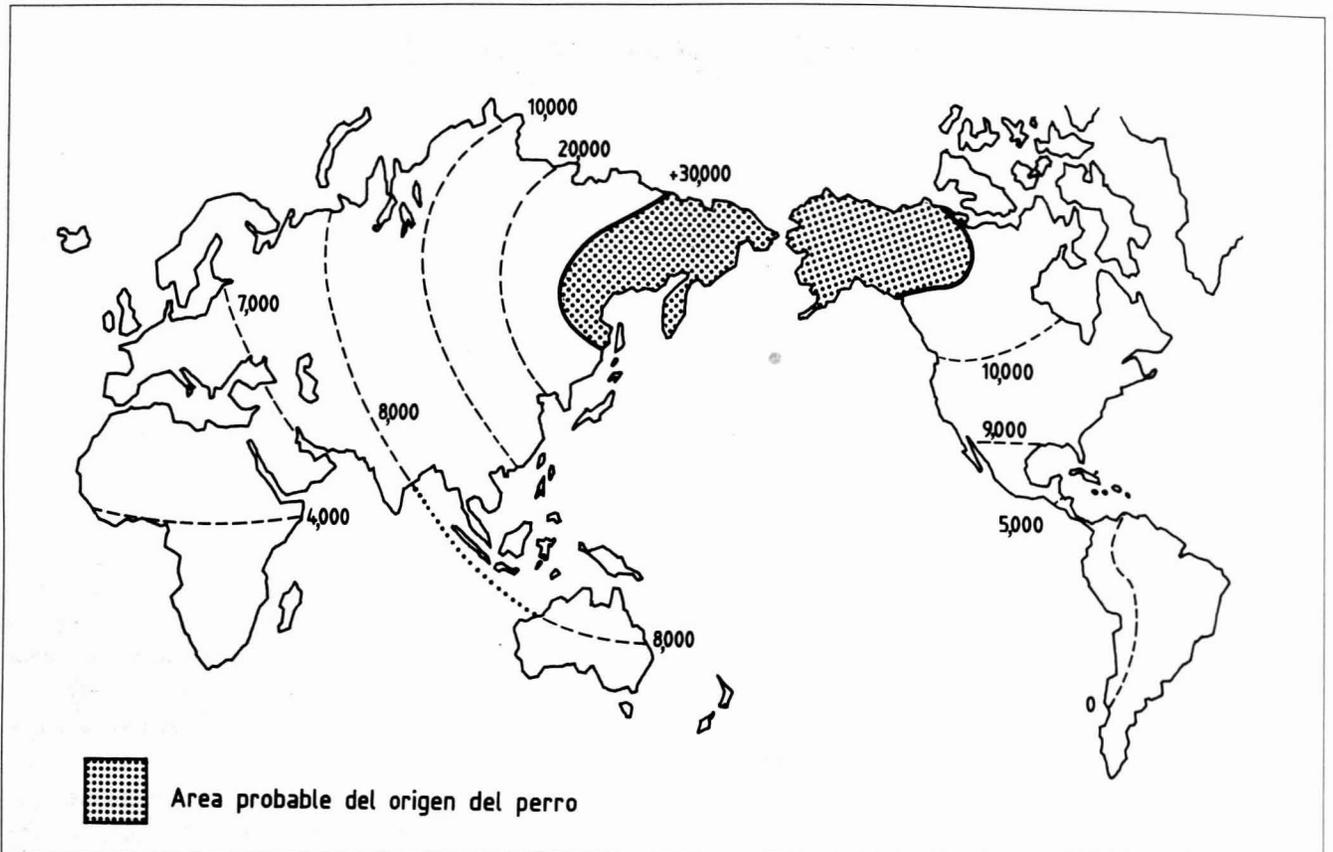


Figura 1

adulta. Las fotografías que aparecen en los libros muestran mandíbulas con dentadura completa, o sea que pertenecieron a ejemplares con pelo.

Mi experiencia con restos antiguos de perros proviene de estudios hechos en el sitio de Temamatla, Estado de México, perteneciente al periodo Formativo medio (1100-500 a.C.). En este sitio se rescataron numerosos huesos de crías y adultos, algunos ubicados en entierros y otros en posibles basureros, lo cual indica que se les usaba en ritos y como

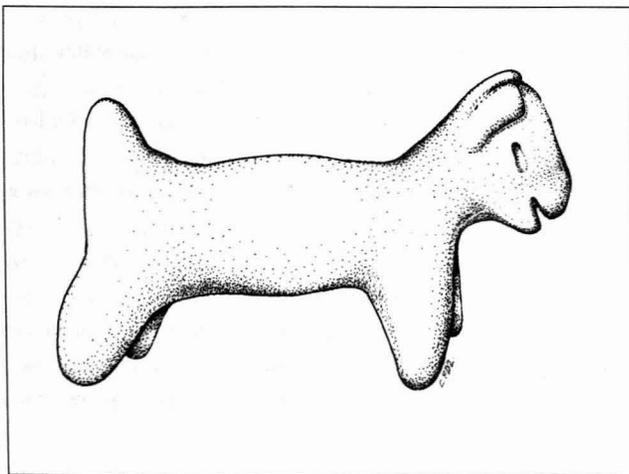


Figura 2. Figurilla encontrada en Tlapacoya, Estado de México, con una antigüedad de siete u ocho mil años. Es la más temprana evidencia de la presencia del perro en nuestro territorio

alimento. Además de los huesos se encontraron diversas figurillas zoomorfas, algunas de las cuales son representaciones de perros (Fig. 3).

De nuevo, la evidencia señala que los perros de ese sitio pertenecían a una sola raza que tenía el cuerpo cubierto de pelo; además, que se trató de ejemplares con cráneo dolicocefalo (alargado) de unos 17 cm de longitud; la alzada de estos animales era de unos 50 cm y el largo de unos 70 cm.

Durante el Formativo superior y tardío (500 a.C.-300 d.C.) la condición de los perros no cambió sustancialmente, al menos así lo indican los restos óseos y la iconografía (Fig. 4); es de creerse que para ese entonces el hombre ya había incluido a estos animales dentro de su mundo religioso pues muchos de los ritos que involucraban a los perros se extendieron y arraigaron tanto que resulta una necesidad asignarles un origen temprano.

Sin lugar a dudas el principal papel religioso de los perros consistía en que éstos sirvieran de acompañantes de las personas que morían de enfermedad durante su viaje al Chiconauictlan (nueve infiernos). Para lograr el objetivo la tradición decía que a los difuntos debía enterrárseles junto con un perrito bermejo que llevaba un hilo de algodón alrededor del cuello. Se pensaba que en el trayecto la persona muerta llegaba al río Chiconahuapan, el cual rodeaba los nueve infiernos y debía cruzar montado sobre un perro. Se decía que en la orilla opuesta había otros canes; los oscuros decían "estoy manchado y no puedo pasar" y los claros "yo

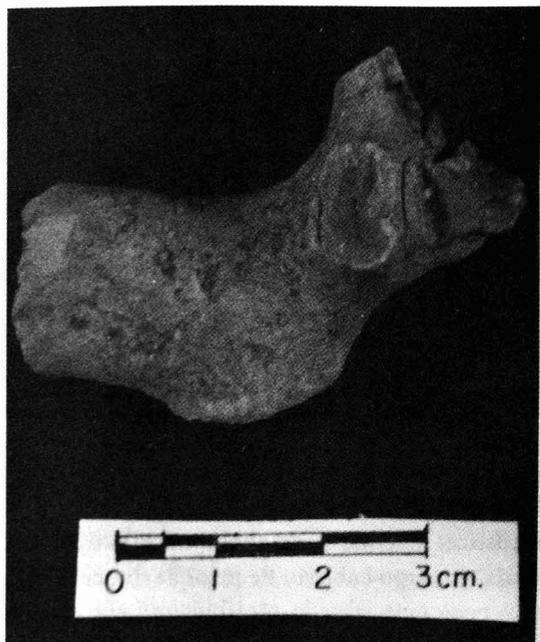


Figura 3. Figurilla de perro encontrada en Temamatla, Estado de México

ya me lavé”, de ahí la importancia de que el muerto tuviera un perro bermejo, ya que solo así podía cruzar el río y continuar su viaje hasta llegar frente a Mictlantecutli (señor de los infiernos).

Otro vínculo perro-religión muy antiguo lo vemos en el calendario. El perro era el décimo signo de los días (undécimo en el calendario mexica) [Fig. 5]. La décimocuarta treceña comenzaba con el día “uno perro” (*ce itzcuintli*, en náhuatl) que se consideraba de buena fortuna, por lo que los señores lo dedicaban a pregonar la guerra. También este día era aprovechado por quienes criaban perros para reverenciar a su dios patrón.

Al perro se le relacionaba con el fuego, posiblemente por el dolor que produce su mordedura; de ahí que aparezca en algunos códices (por ejemplo *Códice Dresden*) vinculado con el rayo o el fuego celeste. Un mito en donde se da esta

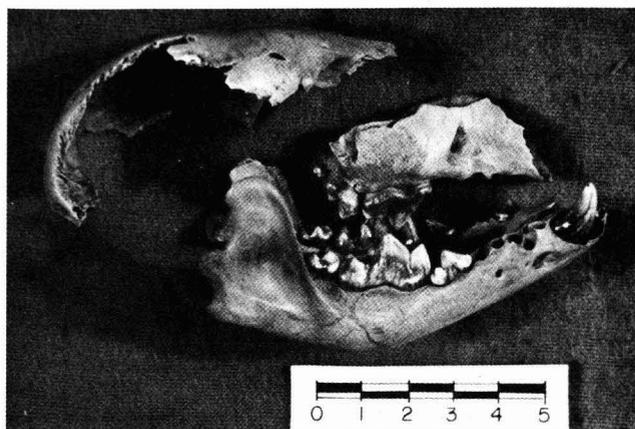


Figura 4. Cráneo incompleto de una cría de perro de unos seis meses de edad. Numerosos restos de estos animales se encontraron en basureros domésticos, prueba de que se les usó como alimento

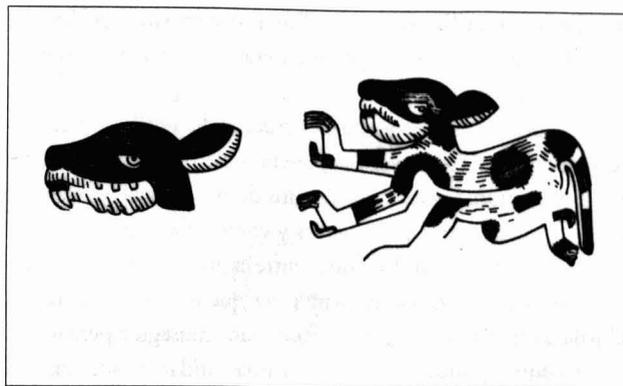


Figura 5. El perro era el símbolo del décimo día del calendario mesoamericano

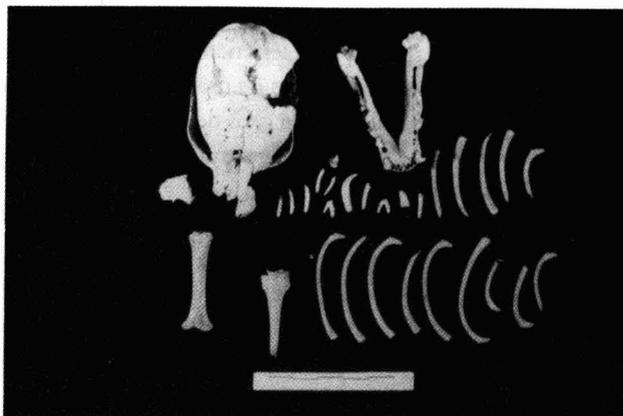


Figura 6. Cráneo, dentario, costillas, tibia y fragmento de vértebra de una cría de perro de dos meses de edad, encontrado en el Palacio de Tetitla en Teotihuacan. Los huesos eran parte de una ofrenda

relación es en la leyenda de los soles cosmogónicos. En ella se decía que el sol cosmogónico *chalchihuatnatiuh* (sol precioso) terminó cuando una lluvia de fuego abrasó a los hombres y algunos se convirtieron en perros. Otro mito señala que después del diluvio la pareja sobreviviente hizo fuego para cocer pescado, el cielo se ahumó y los dioses se disgustaron, por lo que uno de ellos bajó para castigar a los humanos, les cortó la cabeza y se las pegó en las nalgas, transformándolos así en perros. La prueba que se tenía para demostrar la veracidad de este relato es que a los perros les apesta el hocico, no así el ano, condición invertida en el ser humano.

Una tradición religiosa muy extendida consistía en sacrificar perritos cebados a los dioses. Durante el rito se les sacaba el corazón a los pequeños animales y se pasaba por el rostro de los ídolos, después lo quemaban y la carne del perro era cocida y comida. En las ceremonias de año nuevo unas ancianas bailaban con perritos de barro que llevaban panes de maíz en el dorso, luego los ofrecían al dios, al cual le sacrificaban una cría de lomo negro.

Durante el periodo Clásico (300-900 d.C.), con grandes ciudades como Teotihuacan, el vínculo perro-hombre se mantuvo y se hizo más intenso. Los estudios arqueozoológicos en Teotihuacan colocan al perro como una de las tres especies más abundantes, por lo que es de suponer que fue

ampliamente utilizado como alimento y en ritos. ¿Cómo se daba la relación hombre-perro en esa ciudad? Para entender esto veamos tres ejemplos.

En primer lugar tenemos el palacio de Tetitla, un centro teocrático-administrativo. La presencia de perros en ese lugar fue algo común; los restos obtenidos de este animal, siempre se hallaron como parte de entierros y como ofrendas. Se encontraron en total 22 individuos, entre adultos, jóvenes y crías (Fig. 6), número suficiente para creer que quienes vivieron en el palacio tenían amplias facilidades para conseguir perros.

Como segundo ejemplo está una unidad residencial en el sector de Oztoyahualco, al norte de la ciudad. En ella se encontraron restos de 20 perros, tanto adultos como crías, en el basurero de la unidad, en áreas de culto y como ofrendas funerarias. El número de perros registrados y las edades de éstos sugirieron que aquí se les criaba. Muy interesante fue el descubrimiento de entierros de niños neonatos, junto a los cuales se hallaban huesos de crías de perros, como si se hubiera buscado que la edad del humano fuera igual o equivalente a la del animal.

Como tercer ejemplo está la unidad de bajo nivel de Tlajinga 33, ubicada al sur de la ciudad. Desconozco el número de perros identificados pero los antropólogos a cargo del proyecto, Randolph Widmer y Rebecca Storey, indicaron que estos animales no fueron una especie abundante en la zona y que nada indicaba que se les hubiera criado allí; más bien parecía que las personas del lugar adquirían los perros que necesitaban, ya fuera para alimentarse o para realizar algún rito.

Estos tres ejemplos dejan ver varias condiciones en relación con los perros teotihuacanos: se empleaban como alimento y en ritos, eran ampliamente utilizados pero no todos los teotihuacanos tenían igual acceso a ellos y aparentemente había quienes los criaban y quienes sencillamente los adquirían. Este último aspecto abre la opción de que en la ciudad existiera un real comercio con perros, efectuado por personas dedicadas a su crianza y venta.

¿Qué sabemos sobre el tipo de perro que existió en Teotihuacan? Todos los restos estudiados presentan las mismas

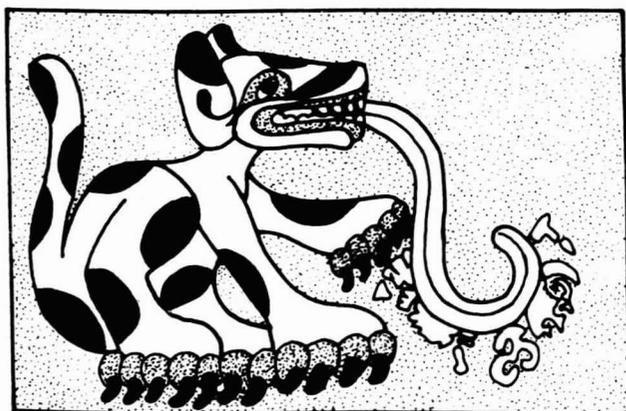


Figura 7. Pintura del Palacio de Tetitla que representa a un perro. Los dientes chicos, espacios entre ellos y ausencia de caninos pueden indicar que el animal representado es un Xoloitzcuintli



Figura 8. Cráneo de un perro descubierto en excavaciones de Tula, Hgo. Sus caracteres muestran que el ejemplar era un "típico perro mesoamericano"

características descritas hasta ahora: un solo tipo de perro que tenía el cuerpo cubierto de pelo, de dimensiones normales y poco especializado morfológicamente, o sea que los teotihuacanos convivieron con una sola raza de perro, la misma que existía en la región desde el periodo Formativo.

La iconografía zoomorfa teotihuacana se ha estudiado poco y la de los cánidos aun menos, por lo que no sabemos si sólo se representó al "típico perro teotihuacano" o a otros más. No obstante existe una evidencia que permite suponer que los habitantes de Teotihuacan quizás llegaron a tener contacto con nuevas razas de perros; se trata de una pintura del palacio de Tetitla (Fig. 7) donde está representado un perro de piel lisa y colores blanco y negro con grandes orejas paradas y dientes "peculiares", ya que no se observan caninos y son evidentes los huecos entre las pequeñas piezas. Tal descripción se ajusta mucho a lo que es un perro pelón mexicano, por lo que es atrayente la idea de que los teotihuacanos conocieron a esta raza, aunque en los restos óseos estudiados no hay evidencia al respecto.

Después de la caída de Teotihuacan, Tula se convirtió en la ciudad más importante de Mesoamérica y, afortunadamente, existen suficientes datos para saber qué papel jugó el perro en ese momento.

La relación entre hombre y perro no varió en lo que respecta a alimento y religión pues los restos de este animal se encuentran tanto en basureros como en áreas de culto; otra cosa es lo referente a los tipos de perros, ya que por primera vez aparecen en el registro arqueológico nuevas formas, muy probablemente nuevas razas, pertenecientes al Postclásico inferior (900-1200 d.C.).

De acuerdo con los datos obtenidos, la raza de perro más común era el típico perro con pelo y 50 cm de alzada pues más de 70% de los restos pertenecen a este animal (Fig. 8); en segundo lugar (25%) se encuentran los perros pelones, identificados gracias a que los adultos tenían un solo molar (Fig. 9); por último están los huesos de un ejemplar con pelo (o sea que tenía dentadura completa) pero cuyos miembros eran 30% menores de lo normal, por lo que presentaba una



Figura 9. Dentarios de perro con un solo molar y sin caninos. Estas piezas son una importante evidencia de que en Tula había perros pelones, ya que los ejemplares actuales presentan esta característica

alzada no superior a los 35 cm (Fig. 10). Ignoro si los nuevos tipos de perros fueron criados en Tula o en otra región y si aparecieron antes del Postclásico inferior; sin embargo, lo más importante es que se trata de la primera evidencia concreta de la existencia de razas caninas distintas a lo que había sido “el perro común mesoamericano”.

La llegada de nuevos pueblos y el surgimiento de guerras y movimientos políticos durante el Postclásico no alteraron nada la relación hombre-perro. El uso de este animal como alimento y para ritos continuó, así como la existencia de personas dedicadas a su crianza. En Tenochtitlan, por ejemplo, había un mercado de perros donde los animales se podían adquirir de acuerdo con las necesidades de cada quien.

Las dos nuevas razas de perros se hicieron comunes en Mesoamérica, de ahí que cuando los españoles se establecieron en el territorio, fray Bernardino de Sahagún describió tres tipos de perros en el *Códice Florentino*: el itzcuintli (perro, en náhuatl), el xoloitzcuintli (perro raro, en náhuatl) y el tlalchichi (perro de piso, en náhuatl). El primero es un perro con pelo abundante, orejas caídas y cola esponjada, el segundo es el perro pelón mexicano (ilustrado dos veces, en un



Figura 10. Húmero, dentario y fémur de un perro de miembros cortos encontrado en Tula, Hgo. Los huesos de los miembros son 30% más cortos de lo normal. La presencia de premolares y caninos prueba que el animal tenía el cuerpo cubierto de pelo

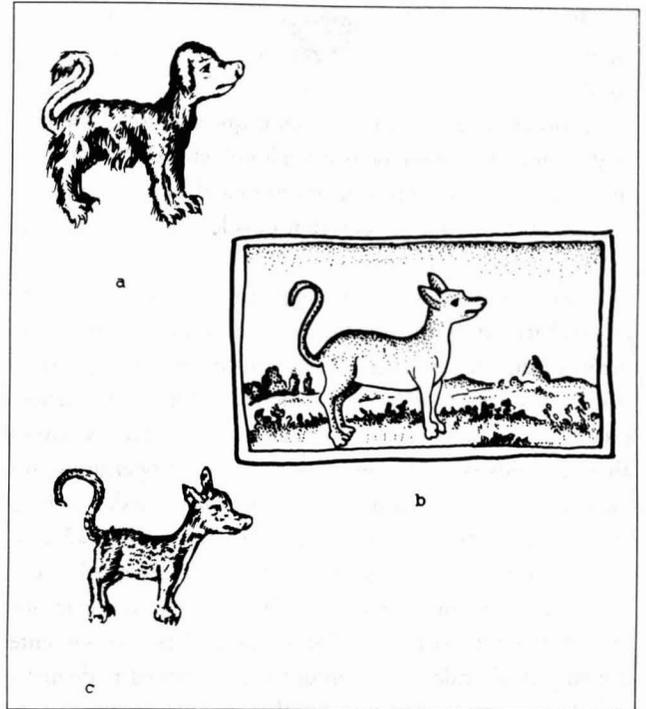


Figura 11. Representaciones de perros en el *Código Florentino*: a) Itzcuintli; b) Xoloitzcuintli; c) Tlalchichi

caso con orejas paradas y en el otro con orejas caídas) y el tercero es un perro pequeño, con hocico afilado, pelo y orejas erguidas (Fig. 11).

De enorme valor científico es la relación de los hallazgos de Tula con la descripción de Sahagún sobre los perros, ya que con ello puede confirmarse la existencia de tres razas de perros mesoamericanos y cuál era su aspecto. En síntesis, el itzcuintli es el “típico perro con pelo” de que se ha hablado repetidas veces; todo indica que eran animales de un solo color, pelo abundante, orejas caídas y cola esponjada. El xoloitzcuintli es el actual perro pelón mexicano y el perro de patas cortas con pelo sería el tlalchichi, el cual además sería de orejas erguidas y un solo color. Dado que el itzcuintli es el más antiguo, parece probable que haya sido el ancestro de las otras dos razas (Fig. 12).

Por razones que desconozco, la llegada de la cultura europea significó el fin del vínculo hombre-perro que existía en Mesoamérica y el ocaso de dos de las tres razas de canes. El itzcuintli y el tlalchichi no aparecen en obras posteriores, por ejemplo en las *Obras completas* del naturalista Francisco Hernández o en la *Historia antigua de México* del jesuita Francisco Javier Clavijero. Ambos autores hablan de los perros de la Nueva España y mencionan al xoloitzcuintli pero nada indican de los otros dos. Extraña e irónicamente, Hernández y Clavijero llenaron ese vacío con razas imaginarias: perros jorobados, perros de monte, perros que no son perros, en fin, formas y razas que ellos aceptan no haber visto nunca, que describen porque alguien les dijo que en cierto lugar los habían visto pero que jamás existieron en Mesoamérica.

Por último, persiste la importante pregunta: ¿Qué queda en el México actual de estas tres razas de perros? Sin duda el xoloitzcuintli ha sido el más afortunado pues su raza subsiste e incluso es vista como poco menos que una joya. Desgraciadamente, tal y como ocurre con los objetos preciosos, sólo unos cuantos mexicanos tienen acceso a él y pocos lo conocen, no obstante que sus características lo convierten en una excelente mascota urbana.

Quizás haya quien piense que una raza tan abundante como el itzcuintli debió sobrevivir al paso del tiempo; tiene razón ya que este animal aún vive en México, aunque se le conoce y erróneamente como “perro criollo” y es menospreciado pues se le ubica como “animal corriente”. Cuando abandonamos la zona metropolitana y nos tropezamos con un perro de color amarillo o bermejo, orejas caídas, cráneo alargado, no robusto y cola con pelo abundante (Fig. 12a) estamos viendo a unos de esta raza, al tipo de perro que ha existido en este territorio desde hace 8000 años. Si los mexicanos lo consideramos como un “perro común” es precisamente por su gran abundancia y porque lo vemos tan parte de nuestro México como los mismos nopales; es evidente, sin embargo, que el orgullo que sentimos hacia los nopales y tunas aún no lo hemos desarrollado hacia este perro.

Por último, falta ver qué pasó con el tlalchichi. En la actualidad no existe un perro de patas cortas que podamos considerar propio de nuestras tierras; además, ningún autor colonial menciona a este tipo de perro. Es probable que nunca haya sido una raza abundante; además, tal vez desapareció durante la Colonia; sin embargo existe otra posibilidad: que continuara modificándose al paso del tiempo hasta convertirse en una raza distinta a lo que aparece en el *Códice Florentino* (Fig. 11c).

Además del xoloitzcuintli existe otra raza que siempre ha sido considerada oriunda de México, aunque sabemos menos de su origen que de cualquier otro tipo de perro: el chihuahueño (Fig. 12d). Dado que el tlalchichi parece haber sido una raza que tendía hacia la disminución de talla, es posible que dicho proceso continuara hasta que el chihuahueño fue considerado como raza independiente, al tiempo que la gente olvidaba cuál había sido el tipo de perro del que provenía. (Fig. 11c-d).

Ocho mil años de existencia en estas tierras, participación continua y activa dentro de la civilización prehispánica, formación de nuevas razas, sin duda una larga historia es la que ha tenido el can en México, una historia digna de ser recordada cada vez que tengamos un perro frente a nuestros ojos y dudemos entre acariciarlo y darle un golpe. ♦

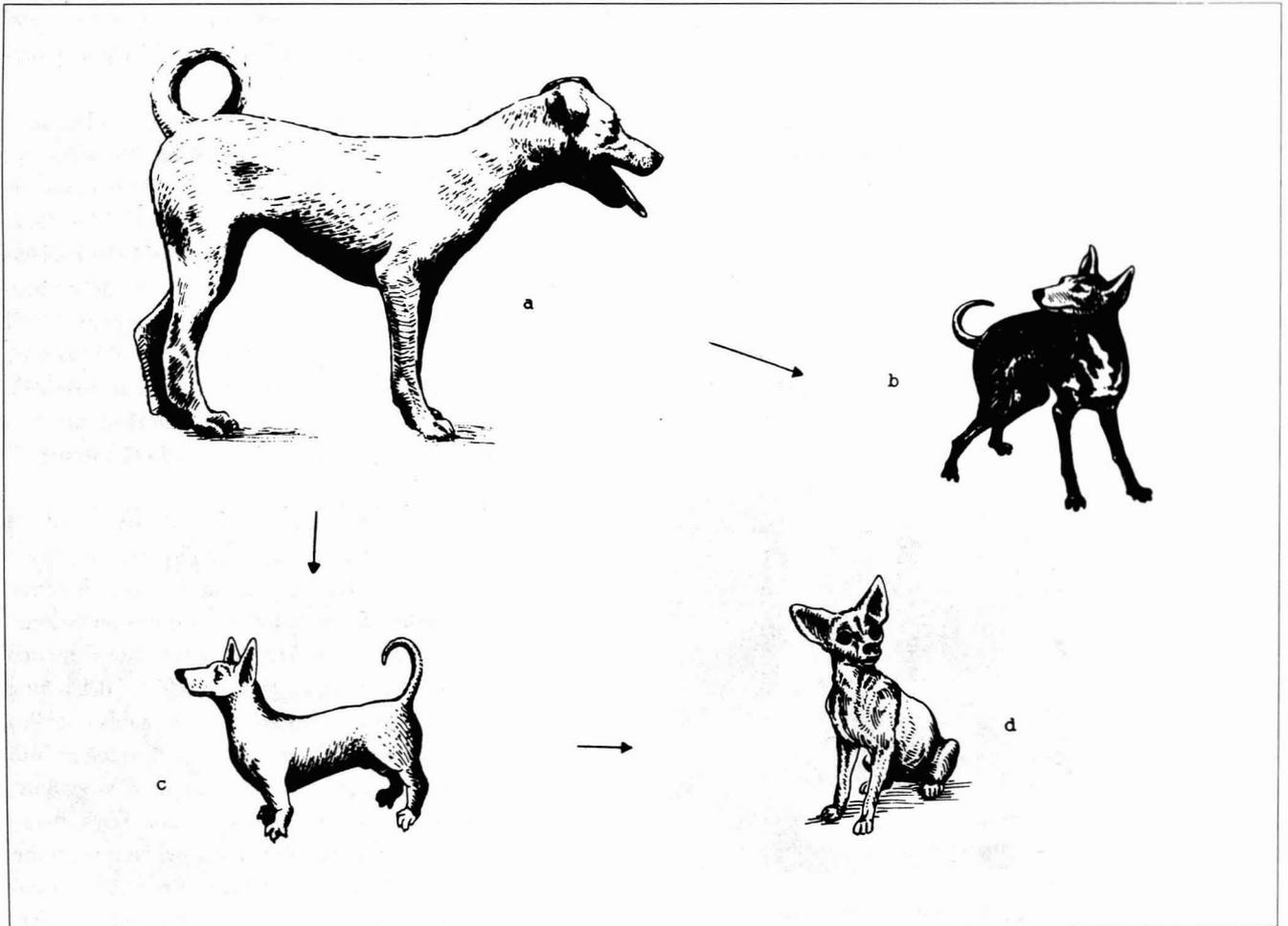


Figura 12. Genealogía de los perros mesoamericanos: a) Itzcuintli o Chichi; b) Xoloitzcuintli; c) Tlalchichi. Posiblemente el perro chihuahueño actual (d) es descendiente de este último